

EL VERGEL DE ANDALUCIA.

Periódico dedicado al bello sexo.



EDUCACION.



Arduas y penosas, aunque fecundas en provechosos resultados, tienen que ser nuestras tareas; inmensa y grave es la responsabilidad que hemos contraído voluntariamente al emprender nuestra publicación. Nosotras, como objeto esencial de ella, hemos proclamado la independencia y prudente emancipación de la mujer: este pensamiento, tan sublime y deslumbrador, como nuevo y atrevido, necesita por nuestra parte de largas esplicaciones: su simple enunciación puede muy bien producir interpretaciones de mal género, que tal vez harían poco favor á las autoras de tan noble idea: su tenor literal podría por algunos ser calificado de un tanto *subersivo* y *sedicioso*, germinando su espíritu en la inmensa monarquía del hombre, cuyo absoluto imperio aun no ha sido inquietado en el trascurso de muchos siglos. Nada de eso, no es nuestro ánimo arrebatár al hombre sus derechos; no es nuestro ánimo tampoco disputarle palmo á palmo el territorio con el derecho de la fuerza: nosotras lo aplazamos en este momento á la noble y buena lid de la inteligencia: allí harémos valer esa exigua consideración social con que ha querido compensarnos el universal despojo: allí, como ya hemos dicho en otra ocasión,

nos presentaremos con este bien aislado, á la manera que un bondadoso padre que mira en el sepulcro las cenizas de su honrada familia, conserva codiciosamente á su hija única, como el tesoro inestimable de su porvenir y el resto precioso de sus mas risueñas esperanzas.

Nuestro pensamiento, que se encuentra apoyado por el espíritu regenerador de una época ilustrada, y por los principios estrictos de la ley natural, puede verse combatido tenazmente por las preocupaciones no interrumpidas de muchos siglos, y por los diferentes axiomas que sirvieron de base á una legislacion caduca y exótica. Este choque de intereses opuestos, esta lucha de principios inconciliables necesita mayor desenvolvimiento; y esta es la causa por la que nos proponemos escribir una larga série de artículos con este objeto, y con los que seguiremos ocupando la primera parte de nuestro periódico.

La palabra que sirve de título á estos renglones será la que tendremos constantemente á nuestra vista. Con la educacion, y solo con la educacion, puede mejorarse la triste condicion del *bello sexo*. Los donaires, las gracias seductoras de la belleza, son patrimonio esclusivo de una preciosa edad que pasa rápidamente como la corola de las flores al recio empuje de los vientos. Tiempo es ya de que el ingenio despejado y la imaginacion ardiente y viva de la muger no sea como hasta ahora estéril en resultados útiles y saludables: tiempo es ya de que se dé el verdadero lugar á la inteligencia: tiempo es ya tambien de que la muger con las obras del talento haga resonar su nombre en las edades futuras. No tiene la autora de estas lineas la presuncion de querer abrir por sí una nueva y desconocida senda á la educacion de sus paisanas. Para esta grande obra cuenta con la cooperacion de sus ilustradas compañeras y apreciables compañeros de redaccion, á cuyos esfuerzos quiere hacer la justicia de creerlos altamente provechosos.

En los artículos sucesivos iremos manifestando los puntos principales que debe abrazar esta educacion, como asi-

mismo los medios mas conducentes para llevar á cabo nuestra idea. Por hoy dejamos la pluma con la satisfaccion del que cumple con sus deberes. ¡Ojalá podamos algun dia ver coronados nuestros esfuerzos!

LA ADALIA.

UNA IDEA DE AMARGURA.

¿Qué se hicieron los sueños seductores,
 Consuelo de mi mente y alegría,
 Desde que sintió mi pecho los ardores
 De los suaves, cándidos amores
 Que llenaron mi pecho de ambrosía?
 ¿Donde está la esperanza idolatrada,
 Que cual faro brillante en dulce puerto,
 Me tenia en delicias anegada,
 Prometiéndome en su plácida mirada
 Concederme aquel bien que via incierto?
 ¿Qué es ya mi porvenir? Fantasma oscuro
 Sin ilusion, sin flores, sin encanto,
 Que huella mi cerviz con cetro duro,
 Y que pronuncia con acento impuro
 La sentencia fatal de mi quebranto!
 Suerte infeliz desde mi tierna infancia
 Anubló siempre mi risueña dicha,
 Y en medio de mi cédica ignorancia
 Canté ya con mi plectro en disonancia
 Los rigores de pérfida desdicha.
 Tres veces me oprimió con mano fiera
 La fortuna: faláz sin abatirme:
 Tres veces de mi vida en la carrera
 La graciosa esperanza lisonjera
 Intentó con empeño seducirme.
 Y me sedujo al fin, y dió abrigo,
 Y árbol fecundo floreció en mi seno,
 Mientras el mundo de mi afán testigo
 Me vió dichosa disfrutar consigo
 Goces sublimes y placer sereno.
 La vez postrera que risueña y pura,
 Llena de encantos, anidó en mi alma,
 Fué en la edad del amor y la locura,
 Cuando anhelando la falaz ventura,
 Pierde el mortal la inestimable calma.
 Edad ardiente, que en rebel delirio
 Y en ficticio gozar nos adormece,
 Mezclando siempre el funeral martirio
 Que nos abrasa como alevé sirio
 En todo aquello que verdad parece;

Por eso entonces la esperanza mía,
Cual flor nacida en el hebeso prado,
Lozana y bella con afán crecía,
Y sus blandos aromas ofrecía
Al beso de favonio regalado.

Enagenada en mis felices sueños
Sobre lecho de mirtos y azahares,
Vivía en goces dulces y risueños,
Sin temer nunca á los terribles ceños
De los negros y turbidos pesáres.

La confianza de lograr dichosa
La gloria y el amor que me estasiaba,
Calmó algun tanto mi inquietud ansiosa,
Y sin la pena amarga y enojosa
Por feliz para siempre me juzgaba.

Venturosa tan solo con ficciones
Que podían llegar á ser verdades,
Sujetaba sin fuerza á mis pasiones,
Y disfrutaba de los bellos dones
Que á los seres convierten en deidades.

Mas ¡ay! nacida en la afliccion terrible,
Condenada al pesar y crudo lloro;
Espuesta siempre al infortunio horrible
Que sigue fiero al corazón sensible
Que la virtud aprecia y el decoro:

Presa inocente del destino horrendo
Que se complace en mi letal desgracia,
Las ilusiones puras destruyendo,
Que mi lozana frente circuyendo
Me ocultaban del mundo la falacia.

Infeliz y abatida en honda sima,
Sin sombra de placer, perdílo todo,
Y la esperanza que falaz sublima
Al dichoso mortal á quien estima,
Me dejó triste en el mundano lodo.

Como niebla fugaz que el sol ahuyenta
Me abandonó esta niñfa de repente;
Cercóme al punto la infernal tormenta,
Y me mostró su faz amarillenta
La implacable desdicha maliciante.

Desde aquel día para mí ha perdido
Sus mágicas dulzuras la existencia,
Y el corazón del anatema herido
Renuncia para siempre entristecido
A los goces de pura adolescencia.

Una idea de llanto y de amargura,
Hija del mal que el corazón apena,
Es la que causa mi fatal tristura,
Y un porvenir de destrucción me augura,
Cuya memoria de dolor me llena.

Y esta idea cruel que me amenaza
Con una vida sin ficción ni goce,
Cuyo solo temor me despedaza,
Es la que me hace maldecir la raza

Que las prendas mas bellas desconoce,
 Es la que hiere con dolor profundo
 Y rigor sin igual mi pensamiento;
 La que me aparta del mezquino mundo,
 Y con ardor inspira sin segundo
 Estos mis cantos de roedor tormento.

Castellon de la Plana 1843.

AMALIA FENOLLOSA.

VINDICACION.

No podemos hoy menos de llamar la atencion de nuestras lectoras sobre un hecho extraño y notable hasta cierto punto. Al emprender la publicación de nuestro periódico pasamos una cortés invitación á todas aquellas señoras que por su ilustración podían interesarse en nuestra empresa, anunciando que de no manifestar su contraria voluntad tendríamos el gusto de contarlas en el número de nuestras favorecedoras: quisimos separarnos de la rutina periodística de cobrar la suscripción adelantada, haciendo con esto una distinción señalada de la finura y generosa confianza que debe reinar entre todas las de nuestro sexo. Pero nosotras no contábamos con que algunas señoras (aunque bien pocas), que habian ido recibiendo en silencio todos los números publicados, habian de devolvernos el recibo en el momento de la cobranza. De este hecho, bastante elocuente por sí, podrían hacerse deducciones bien poco provechosas á la causa que defendemos, pero son excepciones que han sido rarísimas por fortuna, y que son fácilmente oscurecidas por las infinitas señoras que en esta Ciudad nos favorecen, coadyuvando á nuestra empresa, que es la suya propia, por las innumerables suscriptoras de fuera de ella en casi todos los puntos de España, por las cartas que continuamente recibimos de congratulaciones y de enhorabuenas, y por los elogios que todos los dias nos prodigan los mas acreditados órganos de la prensa. Por lo demas, las señoras que de este modo se conducen, y cuyos nombres publicariamos si mirásemos

su decoro con la indiferencia que ellas han mirado el nuestro, pueden estar descuidadas, pues los desaires de cierta especie no tienen eco entre nosotras, que como señoras somos incapaces de guardar enconos, y no estamos en el caso como escritoras de entrar en cuestiones de mal género y de ningun interés para nuestras lectoras, ni mucho menos de gastar inútilmente el tiempo, ni de emborronar mas papel llorando desengaños de nuestras paisanas.

EL PRISIONERO.

A E. P. DE G.

Soñando pasa la vida
el infeliz prisionero.
y el alma alienta afligida
una esperanza perdida
en su penar lastimero.

Un día pasa á otro día,
un sufrir á otro sufrir,
y su letal agonía
la oculta su fantasía
con risueño porvenir.

Mañana sueña que ufana
su inocencia ha de triunfar,
y del reló la campana
marcando va su penar
y alejando ese mañana.

No pierdas, no, la ilusion
que dora tu pensamiento,
que las ilusiones son

las flores del corazon,
y ¡guay! las deshoja el viento.

No pienses que en tu prision
los hombres te han de juzgar
con justicia y sin pasion,
que así verás marchitar
las flores de tu ilusion.

Guarda, infeliz, esas flores
que el mundo apreciar no alcanza,
no marchites sus colores,
que si no ahuyentan dolores,
los calman con la esperanza.

.
Rueda es la vida sin cesar rodando,
no hai quien su curso detenerlo pueda,
y ay del que osado al infeliz mofando
olvide que rodando va la rueda.
M. SORIANO FUERTES.

JULIA.

Novela original.

(Continuacion.)

Esta visita diaria á la Cabaña de los pastores habia he-

cho que Enrique, uno de ellos, se enamorase perdidamente de Julia, y que fuese correspondido por ella: todas las mañanas venia el Sol á alumbrar la entrevista de estos amantes; así es que la *rosa de las montañas* despues de cerrar su puerta por fuera, llegó á la fuente, acercó su labio á la corriente, y despues de haber bebido se marchó llena de contento á la Cabaña.

Despues de haber andado un corto rato, llegó á la cumbre de una montaña, desde la que se descubria un gran rebaño de cabras que en lo alto de un vecino bosquecillo saltaban y jugaban dentro de un gran círculo cerrado por una alta red de gruesas cuerdas, que dejaba una pequeña abertura por un lado, entonces cerrada con algunas ramas, y que tenia á los lados rústicos asientos destinados á los cabreros.

Completaba aquella vista pintoresca la cabaña de los dueños y guardas de aquellos animales, formada de madera y fresca paja, y colocada al lado del redil.

Llegó Julia á este lugar y despues de dar los buenos dias al Cabrero, á su buena muger y á los zagalas, que estaban acomodados en los peñascos, se recostó sobre la verde alfombra con que estaban tapizados todos aquellos lugares.

—¿Está muy lejos hoy Enrique, buena Juana? preguntó Julia.

—Alli enfrente; míralo, ya viene ácia aqui.

La muger á quien acababa de hablar representaba unos cuarenta y cinco años, su tez demasiado morena, y sus manos fuertes y nerviosas, indicaban una vida cansada y las muchas privaciones y trabajos por que habia atravesado durante toda ella; y sin embargo esta muger nacida entre las selvas, que siempre caminaba sobre ásperas breñas, que comia un mal pedazo de pan negro con la yerva silvestre del pais, y que dormia sobre un saco de paja; era feliz, si, feliz, mucho mas que las que nacidas en el seno de la sociedad pasan una vida regalada y llena de deleites. Juana nacida de padres pobres, pero hon-

rados, se habia casado á los diez y siete años con Isidro, joven entonces de veinte, robusto y trabajador: á fuerza de privaciones habian logrado reunir aquella porcion de *cabras*, que abastecian de leche á todos los habitantes de la comarca, y que proporcionaban á aquellos honrados labriegos una vida cómoda, alegre y algun tanto regalada, en compañía de Enrique, su único fruto de bendicion, que contaria apenas unos diez y nueve años.

Julia, como ya hemos visto, era de las muchas que iban á visitar diariamente al amanecer la cabaña de Isidro: poco tardó Enrique en llegar á aquel sitio, y despues de haber besado la mano de su querida, y saludado respetuosamente á sus padres, se vino á sentar al lado de la que habia de ser su esposa: estos ratos que estaban diariamente reunidos los dos amantes, siempre les parecian cortos, y despues de mil alhagüeñas esperanzas y dulces juramentos, los dos tenian que marcharse, Julia para llevar á su padre la leche y despues dedicarse á sus tareas domésticas, y Enrique para conducir la manada al bosque.

Cuando hubo llegado este temido momento, Julia, despues de las mas tiernas miradas, dió á besar su mano á el que habia de ser su dueño; saludó á Isidro y á Juana, y se dirigió acia su huerta enjugando con su pañuelo una lágrima que habia asomado á su mejilla: Enrique no muy contento, tomó en compañía de su padre el camino opuesto, conduciendo sus ganados, y Juana se quedó en la Cabaña para despachar el sabroso nectar de sus cabras á los tardios aficionados, y marchar despues á Córdoba para vender el resto poco puro por el agua de los arroyos que al paso tenia que atravesar. *Se continuará.* ADELA GARCIA.

ADVERTENCIA. Habiéndonos escrito muchas señoras desde varios pueblos subalternos de provincia donde no tenemos comisiona os, con el objeto de saber donde habian de suscribirse á nuestro periódico; desde luego anunciamos al público que se admiten suscripciones á él en todas las administraciones y estafetas de correos, que las recibirán sin ningun otro aviso, y bajo las condiciones corrientes.